

CUÉNTAME CARTAGENA

 Concurso Literario 2022 



CUÉNTAME CARTAGENA

Concurso Literario - Abril 2022

Organización

Programa de Revitalización de Barrios e Infraestructura Patrimonial Emblemática (PRBIPE)
Oficina de Cultura - Municipalidad de Cartagena

Edición y Diseño

Fundación NUAC

Fotografías

Paula Navarro @fotografacaminante / www.paulanavarro.cl

Impresión

Láser impresores

Imágenes de portada y contraportada (de derecha a izquierda)

Humberto Pérez Araya junto a una amiga en la playa chica de Cartagena. En el fondo se aprecia las casas del sector de Vista Hermoso, camino a San Antonio. Año 1930.

Humberto Pérez Araya junto a sus hijos Humberto Hernán (Nano) y Maglio Antonio (Toño) Pérez Muga en la playa de Cartagena. Año 1949.

Silvia Muga Flores y Humberto Pérez Araya en la playa de Cartagena, abuelos del donante. Año 1950.

Lucy del Carmen Urbina Maldonado con su hijo Danilo Pérez Muga en brazos, de unos 6 meses de edad. Más atrás, se ve un vendedor de cuchufliés trabajando en la playa. Verano de 1983.

Donante: Maglio Pérez Urbina

Fuente: Programa Memorias del Siglo XX (<https://www.memoriassigloxx.cl/>).



Índice

Presentación	5
El Brasero - <i>Rose Marie Butto Gallardo</i>	7
Apodos con distinción - <i>Eugenia González Ulloa</i>	10
Llamado de la Luz - <i>Dinora Rodríguez García</i>	12
Cuasimodo - <i>Luis Tapia</i>	15
Cartagena está cambiando - <i>David Flores</i>	18
Tres voces - <i>Carmen Gloria Rojas Bouey,</i> <i>Soledad Escobar Rodríguez y Catalina Torrejón Pérez</i>	20
¡El Hilo Rojo! - <i>Sergio Arriagada</i>	22
Veranos del ayer - <i>Maximiliano Ilabaca</i>	24
Cartagena Arrebolada - <i>Irma Jara Rivas</i>	25
Añoranzas - <i>Rosa Lara Espinoza</i>	26
Cuando la belleza hace daño - <i>Luis Villalobos</i>	28
Cuéntame Cartagena - <i>Digna Retamal</i>	31

Presentación

Hacer memoria de nuestra historia, situándonos desde un lugar concreto, ciertamente nos hace reencontrarnos con fragmentos de una comunidad que, de alguna manera, logra ser parte importante de lo que nos define como personas, ya sea desde las experiencias que deseamos conservar, como también desde otras que a veces quisiéramos olvidar o reivindicar. En este sentido, cuando viajar al pasado se transforma en un proyecto que nos permite gestar una recopilación de historias comunitarias y materializarse en un libro, entonces esta acción vital se convierte en un legado de valor social y cultural, que perdurará en el tiempo.

El siguiente compendio es una muestra de las creaciones narrativas, realizadas por vecinos y vecinas, en el contexto de la convocatoria al Primer Concurso Literario “Cuéntame Cartagena”, organizado por el Programa de Revitalización de Barrios e Infraestructura Patrimonial Emblemática en conjunto con la Oficina de Cultura de la Ilustre Municipalidad de Cartagena, con el objetivo de poner en valor las manifestaciones ciudadanas que activen la cultura y buen vivir. Esta invitación, realizada a la comunidad con el objetivo de contar historias identitarias del territorio y sus alrededores, ha sido un espacio para evocar y luego plasmar, por medio del acto de la escritura, distintos relatos que forman parte de un imaginario común.

Cada creación literaria que alberga esta publicación, tiene la virtud de haber sido escrita con total libertad en cuanto a su género y estilo, así como también ha contemplado la opción de ser enviada de puño y letra por parte de sus autores/as. Los únicos requisitos: contar una historia y vivir en Cartagena. De esta manera, confluyen distintos momentos de realidad y ficción, de sátira y emoción, compartiéndonos así una narrativa alegre y sentida de tantos paisajes, leyendas, viajes, fiestas y personajes, que finalmente conforman un registro biográfico colectivo de este mítico balneario del Litoral Central de Chile.



El Brasero

Rose Marie Butto Gallardo

Cuenta la leyenda, que una malvada mujer llegó a Cartagena, trayendo consigo pesares y hechizos...

Vicente y Rosario se amaban desde niños, convirtiéndose en pareja en la juventud. Sin proponérselo, Rosario esperaba un hijo de su gran amor. Aquel verano llegó al balneario, una joven mujer cuya mirada, era tan tenebrosa como la oscuridad, su nombre era Encarnación. Conoció a Vicente y Rosario por casualidad, enterándose con ello de su embarazo, pero ella tenía un propósito: “Vicente”.

La Iglesia del Niño Jesús, guardaba algunas leyendas que llamaron su la atención, por lo que decidió realizar un hechizo entre aquellas paredes que escondían secretos y embrujos.

Cierta noche, una muy especial, donde no había luna ni estrellas, ingresó a escondidas a la Iglesia, cargando consigo un brasero. Una vez en su interior, lo encendió y sacó de su bolsillo un pañuelo blanco, que había tomado de la chaqueta de Vicente sin que él lo advirtiera, lanzándolo entre las brasas. Encarnación, transformada, comenzó a hacer sus hechizos y conjuros junto a extrañas hierbas y aromas. Ella lo quería para sí y no deseaba que naciera aquel bebé que esperaba la joven pareja. Encarnación ofreció en prenda junto al brasero, al pequeño que estaba por nacer.

Algunos meses después, tras múltiples complicaciones y un embarazo muy dificultoso, nació Adán. Vicente se alejó de ambos, abandonándolos a su suerte, por lo que, de alguna manera, aquel brasero comenzaba a dar frutos para aquella malvada mujer.

Vicente y Encarnación se casaron y tuvieron tres hijos. Cada verano llegaban a Cartagena a disfrutar de sus bellos paisajes, playas y los infaltables paseos por la terraza junto a un paquete de cabritas y un buen partido de taca-taca.

Adán y los tres hijos de su padre se hicieron muy amigos, comenzando a fluir, sin proponérselo, el amor de hermanos. Una noche de borrachera, Adán les confesó a los tres chicos, que él era su hermano mayor, noticia que los dejó perplejos, pero finalmente, abrazos y risas llenaron aquel espacio.

Encarnación se enteró de este encuentro. Asistió a la Iglesia nuevamente cargando el mismo brasero que ocultaba en el sótano de su casa de verano. Esta vez, se trataba de un recordatorio que pedía con más ímpetu; “el hijo de Vicente”.

Al verano siguiente, los cuatro hermanos continuaban con sus encuentros a escondidas de Encarnación, quien no conocía personalmente a Adán.

Durante un día muy soleado, Vicente, Encarnación y sus tres hijos se divertían en las suaves aguas de Playa Chica. El mar estaba en completa calma hasta que, en cuestión de segundos, comenzaron a formarse grandes olas. El mar estaba tan enfurecido, que ocupó más de la mitad de la playa. La gente corría de un lado a otro, niños lloraban perdidos de sus padres. Todo se había vuelto un gran caos y la gente abandonó rápidamente la playa. Encarnación junto a sus dos hijos, pregunta por el más pequeño. ¡No estaba en ninguna parte! Un terror se apoderó de sus padres, especialmente de su madre, quien, al mirar hacia el mar, ve a su hijo tratando de salir, quien se hundía y luego emergía sobre las olas pidiendo auxilio, agitando sus manos, hasta que llegó el minuto en que ya no volvió a aparecer. El mar se había llevado al pequeño y se cumplía el deseo de Encarnación: el hijo de Vicente.

Una gran búsqueda se realizó por varios días, lamentablemente, no obtuvo resultados. Su cuerpo, jamás apareció.

A los pies de la Virgen del Suspiro descansa un gran roquerío, donde algunos han visto a la Virgen bajar de su Altar, para acunar en sus brazos al perdido hijo pequeño. Durante las noches de intensa marejada, lo mece y le canta dulces canciones, para volver a su lugar durante el amanecer.

Con el tiempo, se volvieron a reunir los hermanos, ahora eran tres. Cada uno tenía sus familias, hermosos hijos y lindas esposas. Los dos más pequeños recordaban momentos de su niñez, comentándole a Adán cómo su madre los maltrataba cuando ellos hablaban de su hermano mayor, dándoles fuertes bofetadas y gritándoles: “¡ustedes no tienen otro hermano, son solo tres, no hay más!”. Las nueras de Encarnación, cada vez que podían la evitaban, ya que su siniestra e intensa mirada les producía una extraña percepción de temor.

Vicente, como amodorrado, solo cumplía la voluntad de su esposa, quien hacía y deshacía a su real antojo, amasando grandes sumas de dinero. Vicente solo vivía para hacer dinero, su vida giraba en torno al poder y al tener, no había nada más importante para él. De esta forma transcurrieron sus años, hasta convertirse en ancianos. Encarnación falleció un frío día de invierno, la muerte la visitó en silencio y en completa soledad en su mansión puesto que, Vicente, había sido internado en la clínica por una complicación a causa de su avanzada edad.



Los dos hermanos decidieron vender la casa de la playa, comenzando a buscar objetos de valor para su resguardo. Sin proponérselo, llegaron al sótano, bajaron unas largas escaleras que jamás habían visto. Grande fue su sorpresa al encontrar un brasero que les llamó su atención de sobremanera. Se trataba de un brasero muy antiguo, que aún conservaba cenizas en su interior. En completa ingenuidad, lo tomaron y determinaron restaurarlo, pero no sin antes, inconscientemente, lanzar sus cenizas al mar que estaba en absoluta calma. Al tocar el agua aquellas añosas cenizas, el mar se agitó a tal grado, que las olas cubrieron completamente la Playa Chica. Los hermanos no pudieron comprender aquel episodio.

Vicente, ya recuperado, viajó a Cartagena para entregar la casa que ya tenía nuevo dueño. Como una manera de despedirse del balneario que lo vio crecer, comenzó una larga caminata por la terraza, a solas, mirando el mar que se había llevado a su pequeño hijo hacía tantos años, además, su primer hijo comenzaba a tener un espacio en sus pensamientos y en su corazón. En ese instante, Adán y su familia justamente caminaban por el mismo lugar, cruzándose.

Caminando a paso lento, cabizbajo, con sus manos entrelazadas hacia atrás, pensativo, como en un encuentro consigo mismo, Vicente sentía que estaba de vuelta después de años dormido. De pronto, levanta la mirada y se encuentra frente a frente con su hijo mayor que aquel día, cumplía sesenta años. Soltó sus manos, lo miró fijamente a los ojos y se lanzó a sus brazos, lo abrazó con tanta fuerza, se oían palabras entre sollozos, palabras de amor y de arrepentimiento, pidiendo su perdón. Lágrimas de ambos emanaban desde el corazón, como lluvia en medio de un hermoso día de sol. El padre abrazó al hijo y el hijo abrazó al padre y fue entonces que se rompió el hechizo. Los ojos del padre despertaron y por fin ambos se encontraron.

Finalmente, Vicente y Rosario, hoy de ochenta y tantos años, se dieron la mano en señal de perdón y amistad, continuando su vida en paz.



Apodos con distinción

Eugenia González Ulloa

Hace 64 años llegué desde Talagante a este hermoso balneario de Cartagena, que era famoso por sus hermosas playas, cerros, casas, castillos y ese inmenso mar, que muchas veces despertó mis sueños con su gran rugido, diciendo: “Aquí estoy”. Al pasar el tiempo, me transformé en una joven adolescente y me di cuenta que aquí a las familias se les conocían por su apodo y no por su nombre y apellido, como “las corontas”, “los fideos”, “las cebollas”, “los pescados la pera seca”, “los moscos”, “los zancudos”, “los caballitos de palos”, “los membrillos”, “los pelucas” y muchos más que ahora no recuerdo. Cuando en alguna ocasión llegaba un visitante preguntando por la familia González o la señora María, nadie los conocía, pero si decían “son los llamados membrillos”, ¡ah! “ellos viven en la bajada de Almirante Latorre”.

Pero detrás de estas familias, existían personajes típicos para mí, por sus historias y anécdotas. A ellos los recuerdo con mucho cariño y respeto, aunque que muchos ya no estén.

Uno de esos personajes era un señor llamado “YALE”. Era un hombre de baja estatura y usaba chaqueta de uniforme de gendarmería o militar con muchos botones que usaba cuando trabajaba con su pequeño lustrín. Él hacía brillar los zapatos de los cartageninos y visitantes y cuando trabajaba hacia sonar un silbato. En cada uno de los desfiles, se destacaba desfilando orgulloso, luciendo su uniforme y su fiel lustrín. Era gran persona.

Otro de los personajes simpáticos era “El Cabeza de Membrillo”. Le decían así porque siempre pasaba cayéndose y pegándose en la cabeza, por el fuerte “viento marino” (embriagado). Su cabeza estaba más machucada que “membrillo escolar”. Era bueno para trabajar y siempre lo iban a buscar a su casa. Recuerdo un día cuando llegó un señor buscándolo y éste gritaba afuera de su casa:

- ¡Membrillo, Membrillo!—, en ese momento se asoma su hermana
- ¡Aquí no se venden membrillos! —le contesta,
- Es que busco a Don... —el señor no sabía su nombre,
- ¡Ah! el Oscar...! —dice su hermana y grita hacia adentro
- ¡Membrillo, te buscan!



El “Membrillo” tenía un amigo llamado “El Paipa”, otro simpático personaje., que tenía un carretón grande de tabla pintado y con su patente al día, llevaba un inmenso letrero que decía: “Flete del Paipa”. Así, el “Membrillo” y “El Paipa” iban a la Estación de Cartagena los fines de semana, a esperar el tren que traía los turistas y ofrecían sus servicios de traslado de equipaje en el carretón, que les llenaban de maletas de mimbre, bolsos, canastos y demases. ¡Hasta niños llevaban!, recorriendo las Playas Chica y Grande de Cartagena y dejando los equipajes de sus pasajeros al destino que ellos deseaban. Cuando terminaban de trabajar, se dirigían a “echar bencina” (la cañita de vino) en la botillería del “Tío Pillo” en la Playa Grande, y al rato después salían un poco mareados por el “fuerte viento” que los esperaba a la salida de la botillería.

Otro personaje característico era “El Rucio Minero”, un hombre alto, delgado, con unos pocos rulos rubios que le quedaban. Siempre andaba con su saco harinero, donde iba recogiendo papeles, juguetes, envases y otras cosas más. Era un hombre tranquilo y siempre se le veía recorriendo las calles de Cartagena en busca de sus tesoros.

El último que recuerdo fue el famoso “Carleke”, un personaje fanático por el fútbol, especialmente por su equipo “New Life”. Cuando su equipo jugaba en el estadio de Cartagena, se le veía muy arreglado dirigiéndose al estadio, muy contento coreando el coro de su equipo,

—¡New Life, New Life, New Life! —gritaba.

Siempre bajaba por el pasaje Chiloé, frente al estadio. Cuando su equipo ganaba era el hombre más feliz, abrazaba todo el mundo. Pero cuándo perdía, era un volcán en explosión, peleaba con todos los árbitros, jugadores, hinchas, ¡hasta con él mismo!, utilizando un vocabulario tan particular que ni su madre se le escapaba. Daba un poco de susto al verlo de esa forma, pero a pesar de todo sus arrebatos, era un hombre simpático y chistoso.

Estos fueron mis relatos, recordando estos personajes típicos que donde estén reciban mis respetos y una oración. Hombres sin estudios, pero trabajadores, humildes y buenas personas que quise homenajear con este pequeño relato escrito de sus historias y anécdotas. Agradezco de tener la oportunidad de haber retrocedido a aquellos años de juventud, recordándolos a través de estos pequeños relatos sobre mi gente de Cartagena y esperando, quizás, que las nuevas generaciones puedan leer aquellas historias de personajes pasados que son parte de las memorias de nuestra comuna.

Llamado de la Luz

Dinora Rodríguez García

Elegí un día sábado de marzo para visitar y conocer esa misteriosa y magnífica casona de estilo italiano, llamada “La Villa Lucia”, que albergó por doce años al insigne artista pintor y escritor Adolfo Couve Rioseco (“Como no me puedo subir a los aviones, no podía irme a ninguna parte. Entonces, para salir, partí a Cartagena”. Adolfo Couve).

Nació en Valparaíso el 28 de marzo de 1940 y nos dejó huérfanos de su gran arte y pasión en la comuna de Cartagena un 11 de marzo de 1998. ¡Que la tierra te sea leve guapo y distinguido caballero!, porque tus obras y presencia se quedaron aquí en los que supimos encontrarte y admirarte. Con el corazón apretado me mezclé entre los demás turistas curiosos y ávidos de conocer su historia. El guía encargado del lugar nos hizo el recorrido por la casona.

Couve no hizo muchos arreglos, no le gustaba ostentar. En algunos lugares todavía se conserva el papel mural original de geishas con pagodas y flores, muchos adornos y objetos de colección importados de otros países, que trajo el Dr. Daniel Fernández Dodds en el año 2001 cuando compró la casona, la que restauró con mucha dedicación para convertirla en el primer “Museo de Artes Decorativas” de la zona. Sus pinturas, distribuidas por las paredes, nos hablan en silencio del pintor realista y nostálgico que con su pincel plasmó en cada una de ellas.

Llegamos a su lugar más íntimo: su Taller, donde aún se conservan rastros del pintor, como el esbozo de un pato o una hermosa y colorida Flor de Lis. Al ver esos registros recordé algo que leí en un artículo de una alumna suya de la universidad: decía que Adolfo Couve Rioseco, su profesor, era un hombre culto, perfeccionista, talentoso, obsesivo, nostálgico, sensible, curioso, posesivo, esquivo, temeroso, vanidoso y muy impaciente.

Siguiendo con el recorrido, llegamos a un pasillo con unas escaleras que se dirigen a una especie de subterráneo, pero el paso estaba cerrado.

—¡aquí ocurrió, en ese baño! —comenta el guía con voz quebrada. Sentí en mi piel una sensación de tristeza y creo saber por qué. Allí estaba la esencia de un ser maravilloso, atormentado por sus propios demonios el día que decidió pasar a otro plano. Un escalofrío recorrió mi cuerpo, pensando en la delgada línea entre la vida y la muerte.

Los jardines son una obra de arte. Dos leones se imponen con su grandilocuente presencia, pilares de mármol y palmeras erguidas y orgullosas vigilando desde lo alto la magnífica vista de la costa de Cartagena y su inmenso océano Pacífico, así como alguna vez las pintara el artista. Me senté en ese verde y precioso jardín. Sin darme cuenta, saqué mi cuaderno y lápiz y una mano mágica e invisible volcaba palabras en esas páginas en blanco, ávidas de ser leídas. Caí en un éxtasis de remolinos de brisa y sal, hasta que alguien tocó mi hombro, volviéndome a la realidad,

—¡Hora de cerrar!— me dijeron.

Al llegar a la casa no podía creer lo que había escrito. No sé si fue mi imaginación o la presencia de Adolfo guió mi mano. Quiero creer en la magia de que así fue:

Caía la tarde, sus pisadas cansinas dejaban huellas en la arena con todo el peso de su frágil y atormentado cuerpo, una llovizna fina, triste, pegajosa y lacónica envolvían los pensamientos que intentaba acallar. La playa casi desierta gritaba en silencio la nostalgia que acudía a su alma, los ladridos de su fiel e incondicional compañero Moro saltando las olas para correr detrás de la gaviotas, interrumpían por momentos las voces que lo atormentaban sin cesar. El océano Pacífico de un azul interminable y profundo se instaló en los ojos de Adolfo que lo acunaba en su andar, su mirada se perdió en el horizonte infinito buscando tal vez los versos en una pintura con aromas de azahar.

Un suspiro más parecido a un trémulo quejido brotó de sus labios, descociendo las suturas de su corazón y una lágrima dudaba si saltar o no al vacío estremeciendo toda su piel impregnada de sal y desamor. Buscó en su razón argumentos inútiles que lo ayudaran a sacar de su vida aquella tristeza que llegaba de una herida vieja y que cavó trincheras que no acababa nunca de resolver.

Se creyó sus mentiras y sin saber cómo, seguía agradeciendo su ausencia creyendo en historias irreales, llenas de consecuencias que lo convertían en penitente de su amor. Tibio en un principio, apasionado después y al final demasiado dependiente del otro que se fue alejando en silencios de hielo y aunque él quisiera, no podía arrancar de su piel.

En Cartagena fue feliz donde todavía podía sentir en su bello jardín, custodiado por altivas y elegantes palmeras, los aromas

de los claveles más bellos que se cultivaron alguna vez por sus anteriores habitantes italianos, en esa bella casona del barrio Estación llamada 'La Villa Lucía', que el bautizó como 'La Casa Grande'.

Y fue Cartagena que abrazó su cuerpo perdido a la deriva en una mañana de marzo. Los pájaros guardaron silencio y el murmullo del viento tibio que ya olía a Otoño llegó en caracolas de nácar y cristal donde Adolfo soñó que por fin era aire. Le crecieron alas y voló al llamado de la Luz.

¡Gracias Adolfo! Tu esencia y presencia están aquí en Cartagena.

“La Villa Lucia “ o “La Casona Grande” ya es indudablemente un gran aporte al desarrollo cultural, patrimonial, arquitectónico y poético de Cartagena. Necesita instalarse para siempre en el corazón de todos aquellos que la visitan todos los días, todos los meses, todos los años. Personas ávidas de dejar por un segundo el bullicio de las ciudades para impregnarse de arte y poesía, para creer que no todo está perdido cuando se puede soñar como lo han hecho ellos: Adolfo Couve Rioseco; Vicente Huidobro; Poli Délano; Lita Gutiérrez; Camilo Mori; Pablo Neruda; Yolanda Zambrano; Nicanor Parra. Tantos artistas emergentes esperando ser descubiertos y reconocidos en el Litoral de los Poetas y las Artes.

¡Cuéntame Cartagena!, porque tú eres la Capital de la Cultura, el Litoral de los artistas, tesoros vivos, creadores de sueños, quimeras y utopías, orgullo del Patrimonio Inmaterial de esta comuna y de todo Chile.

“Landas áridas, sinuosidades del secano costero, hierba hirsuta, como sobrepuesta, dando la impresión que el viento pudiera cambiar a su amaño” (Palabras de Adolfo Couve en su libro póstumo “Cuando pienso en mi falta de cabeza”).



Cuasimodo

Luis Tapia

*Es así de este modo
de una bella celebración
que es de Jesús, la Resurrección
Lo Abarca y su Cuasimodo.*

Más de medio siglo que en el histórico pueblo de Lo Abarca se celebra la Fiesta de Cuasimodo, conmemoración que se remonta al tiempo de la colonia en nuestro Chile querido.

—¡Oiga Padre Iván, asaltaron a don Feño camino a Malvilla! Lo dejaron maltrecho, varias costillas malas. Ya no respetan ni al sacristán, padrecito por Dios. ¿Qué vamos a hacer para la Pascua de Resurrección?. No se le ocurra ir solo por esos lados, más aún si es de madrugada.

—Mmm. Creo que tendré que hacer algo estimado Lucho, en todo caso igual arregla el coche y los caballos para el domingo y que Dios nos acompañe ese día. Igual tengo que ir a celebrar la Pascua con esas almas.

—Oiga Padre, ¿y si lo acompañamos con varios huasos de acá pues, de Lo Abarca?. Claro que hay varios que ni se acercan a la Iglesia, pero bueno sería la oportunidad de que hagan algo por Dios. Yo podría hablar con los Orellana, los Robledo, los Vera y otros más. Así nos aseguramos de que no pase nada por el camino, recuerde que es una hora de camino y esos copones son de oro. La Misia María Olate se moriría si se los roban estos maldadosos. ¿Qué le parece padrecito?

—Y así cuando asomando por el camino de Lo Zarate, el domingo con la caravana, yo le anuncio al pueblo que es hora de la misa. Oiga Padre podría tocar las campanas en repica'o, ¿qué le parece?

—¡Jajajajaja, Luchito! Tienes todo planificado, eres muy listo. Así da gusto tener gente en la Iglesia. En realidad no me parece mala idea eso de ir acompañado a Malvilla y después a Lo Zarate. Pero ni se te ocurra invitar al Pato Urra, ese huaso siempre mete la pata cuando anda con trago. Recuerda que el año pasado llegó tarde a misa y preguntó gritando por qué no le habíamos esperado.

—Para eso estamos pues, Padre Iván. Para que esta fiesta sea más hermosa. ¿Se imagina la Iglesia llena de huasos? Y en relación al Pato Urra, usted sabe que siempre sale con la suya, uno nunca sabe con qué empana' va a salir.

—Bueno Lucho, anda a Las Pataguas y dile a don Alfredo que necesito hablar con él y cuéntale tu idea. Necesitamos que los huasos del fundo también nos puedan acompañar para ese día, solo nos quedan dos semanas para ponernos de acuerdo.

—Voy al tiro Padre, ensillo la paloma y me mando pa'l fundo.

(...)

—Lucho, ¿cómo te fue con don Alfredo?

— Oiga Padre Iván, ¡que le gustó la idea a don Alfredo!, dijo que mañana temprano viene a conversar con usted. Sabe que llamó a todos los huasos que estaban cerca y les contó la idea de acompañarlo para que no le pase nada. En todo caso ya estaban noticiados de lo que le pasó a don Feño así que andan con sed de encontrarse con esos malucos. Y se acordaron del Pato Urra, con lo que hizo el año pasado, es que lo encuentran muy simpático al hombre.

—Si es simpático el Pato pues Lucho, si hasta a mí me causa risa sus salidas de protocolo y nadie lo ve venir. Es un buen hombre, aun cuando anda con alcohol en el cuerpo. Bienvenido don Alfredo, espero que pueda contar con usted y su gente para el domingo de Resurrección y podamos tener una linda fiesta religiosa, recuerde que es la fiesta más importante de nuestra iglesia.

—Así es pues Padre Iván, la gente del fundo está muy entusiasmada, si hasta unas mujeres quieren ir, yo les dije que le preguntaría.

—Por supuesto pues don Alfredo, entre más gente nos acompañe más seguro nos sentiremos y así se hará notar la familia en esta celebración, así que díles que sí no más.

—Oiga Padre, la gente quiere celebrar después de misa y bailar una cuequitas. ¿Qué tal si armamos una ramada? Podríamos servir almuerzo y porque no unos traguitos también. ¿Qué le parece Padre Iván?

—¡Pucha qué buena idea hombre, por Dios! Ya me estoy imaginando la que se va a armar, aprovechemos de invitar a la gente de Cartagena también, así tienen un día hermoso de recreación, que vengan y que no se olviden que aquí nació la comuna pues. Mañana pasaré a hablar con el Alcalde y los regidores.



—Ya padre estamos listos entonces, a las 6 de la mañana estaremos a las afuera de la iglesia para partir rumbo a Malvilla y después por Lo Zarate, ¿qué le parece?

—Así será, con la ayuda de Dios.

(...)

—¡Lucho! Toca las campanas para que despierte el pueblo y sepa que vamos camino a Malvilla. ¡Viva Cristo resucitado! ¡Viva! ¿Cuántos huasos y huasas vienen, don Alfredo?

—Padre Iván conté sesenta y siete, entre hombres y mujeres ¿qué le parece? Veamos si los malucos son capaces de salir al camino.

¡Viva Cristo Resucitado! ¡Viva!
Ya repican las campanas
En el pueblo de Lo Abarca
Ellas son la marca
Que al pueblo siempre acompaña
¡Viva Cristo resucitado! ¡Viva!

—Padre Iván, nunca me imaginé esta fiesta de esta manera. ¡Qué cantidad de gente!, corrió rápida la noticia.

—Son las cosas de Dios, don Alfredo. Después de Misa nos vamos a servir algo a la ramada, estarán los Tapia con su conjunto cantando buenas cuecas.

—Menos mal que no apareció el Pato Urra. Ahora a celebrar la Santa Misa.

—Amén.

(...)

—Queridos hermanos, hemos celebrado esta hermosa Fiesta de Cristo Resucitado, día en que todos y todas debemos comulgar...

—¡Padrecito, Padrecito! ¡No termine aún la Santa Misa! ¡Me quedé dormido, anoche me acosté medio cufifo y no supe del mundo! Y hoy como buen cristiano aún no he comulgado, ¡gracias por esperarme Padre Iván, gracias!

Cartagena está cambiando

David Flores

*Amigas y amigos:
Yo quisiera presentarles
a la más linda, pero la más linda comuna chilena
se encuentra en la quinta región
y es la popular Cartagena.*

A sus playas muy serenas
llegan turistas por miles
y por estar cerquita de Santiago
somos el balneario de Chile.

Cartagena avanza de a poquito
ya no están esos quioscos en la terraza
ahora hay unos módulos modernos
rodeando una pequeña plaza.

Porque en verano vemos un desfile
hacia Costa Azul y San Sebastián
de turistas de todos lados
que vienen a sus playas a disfrutar.

Anda y cuéntale en tu casa
y díles cuánta emoción
cuando conociste un paradero
con la réplica de la estación.

El Estero y el Humedal
conocerlo es como un sueño
por la variedad de fauna que tiene
y al frente la Villa El Ensueño.

Cartagena tiene tradición
y esto no es ningún alarde
con las palmeras y jardines
que hermosearon la Playa Grande.

Deberíamos creernos los dueños
y cuidar este hermoso lugar
y decirle a los que nos visitan
que no vengan a puro ensuciar.

Será más temprano que tarde
así se verá todo el paseo costero
donde está la Virgen de los Suspiros
conocida en el mundo entero.

También quisiera destacar
porque su prestigio yo no les quito
a los restaurantes de la Costanera del Mar
donde se come exquisito.

No creo que sea el primero
que destaca esta hermosa ciudad
donde vive gente tan linda
gente llena de bondad.



Esa es nuestra verdad
Cartagena nunca estará sola
llena se ve la terraza
y el famoso rompeolas.

Ya se me está haciendo la hora
mejor que sigamos de nuevo
desde aquí desde Playa Chica
nos vamos hacia Puerto Nuevo.

Por la orilla del mar yo me muevo
estoy escuchando un talán talán
pero si estamos en la estación
ahora Monumento Nacional.

Cuántos recuerdos aquí habrá
pero voy a seguir dándole la lata
para presentarles la Caleta de San Pedro
y la famosa Cueva del Pirata.

Aquí la belleza se desata
y quedarán todos impresionados
con estos hermosos paisajes
que Dios nos ha regalado.

De aquí nos vamos para el otro lado
por Bulnes o San Martín
es todo tan re bonito
que les dará gusto venir.

También les quiero decir
que me salieron algunos perros
cuando iba a la tumba de don Vicente
que está en la ladera de un cerro.

Aquí esta poesía la entierro
mirando estas costas chilenas
a la plaza me voy caminando
por la Avenida Cartagena.

Ya me retiro señores
perdónenme que tenga prisa
me voy por el terraplén
me esperan en Santa Elisa.

Desde allí le daré la primicia
lo que todo el mundo está comentando
que con el empuje de toda su gente
Cartagena está cambiando.





Tres voces

Carmen Gloria Rojas Bouey, Soledad Escobar Rodríguez y Catalina Torrejón Pérez

Las Cartagenas del mundo: Cartago o Cartagena, fundada por los marinos fenicios hace 2.900 años en el norte de África; Cartagena, la ciudad portuaria del sureste de España fundada por los cartagineses 2.200 años atrás; Cartagena de Indias, ciudad portuaria caribeña en Colombia, fundada hace 500 años y donde llegaban los esclavos africanos en la época colonial... y nuestra Cartagena, poblada por el pueblo chango desde hace 12.000 años y cuyo nombre original era Gayuipin, que devino en Cartagena hacia el 1.600 cuando estas tierras fueron vendidas a Juan Cartagena. Desde aquí, salían los productos agrícolas a Perú en barcos de madera que, aprovechando la corriente de Humboldt, navegaban raudos al Callao.

Todas las Cartagenas del planeta están a orillas del mar, con vocación marítima: el Mediterráneo, el Caribe y el Océano Pacífico. Al lado de la mar hombres y mujeres despliegan sus saberes y su hacer, de diferentes maneras despliegan redes cazadoras de imágenes, palabras y sueños. Desde los recolectores de orilla, pescadores, marineros de mar adentro, cocineros de mariscales; hasta los que inspirados en esa atmósfera, escritores, pintores, poetas, artesanos que develan su alma en el arte; todos se sienten cobijados bajo el ala protectora de La Bella Cartagena.

Hace solo unos años que nos hemos involucrado en esta linda Cartagena chilena, compartiendo costumbres, historias, cuentos y cultura; cada día que pasa, más nos maravillamos y sentimos amorosamente vinculadas a este lugar.

Nuestras madres, familiares, amigos y amigas nos hablaban de la trascendencia histórica que este lugar tiene dentro de la historia de Chile, especialmente en el siglo XX, pero esto no cobró sentido sino hasta llegar acá. Sin ser nacidas ni criadas entre estas colinas marinas, nos atrevemos a contar historias que aportan al rescate patrimonial o vivencias relacionadas al territorio y a la magia.

Durante el año 2018 la calle Vicente Huidobro, ex Río Bueno, comenzó su trabajo de alcantarillado, el que debería durar alrededor de tres semanas. Como el tiempo pasaba y pasaba y el acceso seguía siendo imposible a través de ella, en repetidas ocasiones conversamos con las personas que estaban realizando el trabajo y las zanjas que contendrían las tuberías. Su respuesta fue siempre la misma: “nosotros avanzamos durante el día, pero de noche viene don Vicente en



un caballo negro con una capa y nos tapa las zanjas con tierra, por lo que tenemos que volver a comenzar”.

También nos decían que “aquí los que vienen a trabajar pasan mucho frío porque parece que don Vicente se las arregla para que acá abajo haya un chiflón y se nos enfríe la cabeza”.

Al escuchar estas cosas, comenzamos a comentarlas y nos hemos encontrado con que este lugar tiene muchas anécdotas y mitos relacionadas con el poeta Vicente Huidobro que habitó el lugar. Hoy en día en la casa donde murió se encuentra el museo que lleva su nombre.

En 1916, cuando Vicente Huidobro viajó a Europa con su señora Manuela Portales y sus dos hijos Manuela y Vicente, llevaron también una vaca. Esta viajaba con ellos para que los niños tuvieran leche fresca durante la travesía de tres meses aproximadamente, la llamaban Jacinta.

Muchos años después, al museo llega una gatita beige para quedarse. Nada le gusta más que dormir en la cama del poeta cuando da el sol de la mañana, regalonear con todo el que quiera hacerle cariño y ronronear sin parar. Esta pequeña tiene una peculiaridad: le falta un ojo. Por lo tanto, según nosotros ve lo que quiere ver, como Huidobro, y lo que no ve lo inventa, ¿será por eso que la bautizaron como Jacinta? La vaca lo acompañó en vida sobre el mar hacia París que lo acogería en su turbulencia, la gata lo acompaña en la muerte mientras él mira el mar desde su tumba.

Nuestra Cartagena tiene hoy un encanto que cautiva al visitante desde su llegada con su paisaje y casas que, aunque estén en ruinas, son prueba latente de un esplendor no lejano, rescatable y en vías de una verdadera puesta en valor.

Muchos de los jóvenes cartageninos vuelven a vivir acá después de hacer estudios superiores. Es por esto que consideramos muy importante enseñar a los niños y niñas a apreciar lo valioso que aquí hay, entregando información de diferentes organizaciones comunitarias y artísticas que con mucho esfuerzo y compromiso sostienen el espíritu de este lugar.

Cartageninas por adopción.





¡El Hilo Rojo!

Sergio Arriagada

El recinto donde me encontraba estaba a los pies de la Casa Museo del Poeta Vicente Huidobro, un lugar mágico y maravilloso donde se respira poesía. El aire marino traía aromas de versos y sal. Ese día se puso en marcha ¡El Hilo Rojo! de mi destino. En lo más profundo de mi corazón de joven soñador sonó una alarma de amor que marcaría mi vida para siempre. En la costa de Cartagena en el letargo de ese verano, observaba ensimismado el horizonte justo cuando el sol abrazaba con ternura el océano Pacífico. A lo lejos, divisé una silueta de mujer que venía hacia mí con una gran sonrisa iluminando todo a su alrededor. Parecía una Diosa salida del mar. Fue en ese instante de mágica ilusión que mi corazón latió tan fuerte que creí morir de amor y es aquí donde comienza mi historia.

Ese verano conocí esta maravillosa comuna de Cartagena, vine a trabajar en la atención de los turistas que semana a semana llegaban a veranear. Fue ahí que conocí a la mujer que más tarde sería mi compañera de vida. Ella iluminó todo mi mundo y pude ver con claridad un futuro que hasta ese momento era incierto. Soy oriundo de la Comuna de Lota, Región del Bio-Bio. Fui criado con mucho esfuerzo por mi madre y mi abuelo minero. Muchas veces padecíamos por la falta de alimentos para el diario vivir. Las continuas huelgas por mejoras laborales me hicieron comprender que aquí no tenía muchas expectativas de trabajo, entonces emigré a la gran ciudad de Santiago, prometedora para jóvenes que como yo íbamos en busca de un futuro mejor. La empresa donde trabajaba me mandaba constantemente al Litoral Central. Este me hacía recordar mis raíces, ya que Lota es puerto y también tiene muchas playas. Esa situación me causaba tristeza al recordar a mis seres queridos que habían quedado allá.

Me casé con la mujer de mis sueños, con la cual tuvimos tres maravillosos hijos: una mujer y dos hombres, que han llenado mi vida de satisfacciones. Pero siempre en lo más profundo de mi ser sentía el deseo que era mutuo con mi esposa de algún día volver al lugar donde comenzó nuestra historia de amor e ilusiones para disfrutar de sus maravillosos parajes donde la naturaleza desplegó toda su belleza, hasta el término de nuestras vidas. Terminado mi periodo laboral y cumpliendo con ese gran anhelo, nos mudamos a vivir a esta comuna. Al llegar, Cartagena nos cuenta de sus hermosos paisajes, sus señoriales palacios, sus poetas y pintores que a lo largo del tiempo han contado la historia a través de sus diferentes obras de arte. Cartagena está construida para amar, soñar y crear, sacando desde nuestra intimidad el artista que por diferentes motivos de la vida cotidiana no pu-

dimos realizar. Tuvimos la oportunidad de retomar los estudios, cerrando ciclos inconclusos para nuestra satisfacción personal, demostrando que no hay edad para aprender. En nuestro colegio de adultos fuimos invitados a bailar un pie de cueca donde conocimos a los integrantes del conjunto “Suspiros de Cartagena”, al que fuimos invitados a participar como integrantes durante ocho años y con ellos representamos a Cartagena en varios lugares de Chile y fuera de él.

Deseo dejarles a mis sucesores el maravilloso sentimiento de pertenecer a una comunidad heterogénea, donde se van formando lazos de verdadero compañerismo. Estoy convencido que esa energía emana de Cartagena para no sentirnos solos ni tristes, ya que los amigos están siempre presentes en las buenas y en las malas, ayudándonos a desarrollar nuestras diferentes inquietudes artísticas cuando necesitamos ese consejo amigo. Una de nuestras actividades folclóricas que más recuerdo fue cuando fuimos teloneros del Gran BAFONA, con un Gimnasio Comunal colmado que nos produjo una gran satisfacción. Una vez dentro del entorno social y cultural de Cartagena, fue muy alentador seguir en la búsqueda de nuestros dones artísticos, inspirados por los diferentes personajes y artistas que la visitan. Jorge Yáñez, el gran actor y folclorista nacional, nos sorprendió al invitarnos junto con mi esposa para ser parte de un video musical de su autoría en homenaje a Cartagena, dejándonos una hermosa y muy enriquecedora experiencia.

He sido invitado por la Municipalidad de Cartagena a participar anualmente como monitor de Folclore en la Zona Rural, trabajando con personas muy dispuestas y amantes en aprender los bailes del Folclore Nacional. Aquí nos sentimos queridos por su sencilla y generosa gente, abrazados maternalmente por los brazos largos y cariñosos de Cartagena. Hoy tenemos una luz de esperanza y damos gracias a Dios por sentirnos tranquilos y seguros a pesar del aislamiento que tuvimos que enfrentar al estar alejados de nuestras familias por culpa de un virus. Esperamos con mucha Fe que, después de estos dos años en pandemia donde hemos aprendido a cuidarnos, todo se vaya normalizando poco a poco.

En Japón existe una leyenda que cuenta que dos personas están destinadas a amarse unidas por un hilo invisible llamado ¡El Hilo Rojo! del destino. Este se puede torcer, doblar, enredar, pero jamás cortar y es ese mismo hilo el que me trajo al lugar y momento preciso de mi vida. “Uno vuelve siempre a los viejos sitios donde amó la vida”, dice una hermosa canción. Y así fue, porque juntos con mi amor y compañera ¡El Hilo Rojo! del destino también nos unió a esta bella comuna.

¡Mi Amada Cartagena! Te doy las gracias, porque aquí está mi lugar en el mundo, mi hogar. Y es aquí donde la Madre Tierra me abrazará con su manto eterno y seré semilla para dejar a la cultura de este precioso Litoral de los Poetas el legado que Cartagena tan amorosamente me regaló.





Veranos del ayer

Maximiliano Ilabaca

En diciembre de 1966, con tan solo 12 años cursando el último año de la primaria se hizo el paseo tan esperado por muchos de nosotros. Por primera vez conoceríamos el mar, justamente en Cartagena, la playa más popular de esos años. Nuestro maravilloso viaje fue en tren, por entre medio de los cerros y parando en muchas estaciones, donde comprábamos dulces y bebidas que amablemente vendedores de cotona blanca con canastos de mimbre ofrecían. Fue la estación de Cartagena el fin de nuestro viaje, llegando una fría mañana nublada que nos impedía ver el mar. Después caminamos hacia el centro y fuimos directo a un colegio donde nos recibieron con un rico desayuno y canciones folclóricas tocadas por un grupo de jóvenes. Era hermoso ese momento, conocer un lugar donde nos sentíamos muy cómodos y felices. Acompañados por nuestros profesores nos fuimos a la Playa Chica, un lugar desde donde veíamos sus cerros y algunas casas que parecían palacios elevados al cielo que al mediodía nos mostraba un sol que acariciaba esos cerros verdes e iluminaba el Océano Pacífico, que al verlo me dejó mudo y asombrado de esa maravilla que por primera vez veía y hasta hoy recuerdo.

Pasaron algunos años, estando en el Secundario 1972, que con algunos compañeros de un grupo folclórico fuimos invitados a tocar a la Plaza de Cartagena, a una fiesta cultural organizada por el Gobierno Popular. Fue hermoso estar otra vez recorriendo sus calles, cerros y playas y también dejé grandes amigos. Después del Golpe de Estado me fui del país y perdí los contactos con los compañeros de esa época.

El año 2003 volví al país y después de visitar muchos lugares con mi familia decidimos radicarnos definitivamente en Cartagena, porque viviendo en otro país siempre tenía el recuerdo de mi pueblo y de mi gente que quedó marcado. Tuve una atracción por el Litoral Central por sus paisajes naturales, sus cerros, dunas, lagunas, caletas, bosque, su gente y su cultura.

Hoy tengo 68 años, soy cantor popular y sigo trabajando y apoyando a esta comunidad con una mirada positiva hacia el futuro sin olvidar el pasado y ojala que las nuevas generaciones puedan disfrutar como yo en este hermoso lugar llamado Cartagena.

¡Ven a Cartagena veranos del ayer, madera risueña sueño de mi niñez!





Cartagena Arrebolada

Irma Jara Rivas

Tarde de domingo en Cartagena, el sol cayendo está en el horizonte. Es un atardecer sereno, envuelta estoy en la música deliciosa y romántica de André Rieu. En el horizonte las nubes arreboladas muestran su mágico colorido sobre el balneario, mostrando colores en tonos rojos, rosa, solferino y una gran cantidad de amarillos que iluminan las añosas casonas, que se perfila en la mar quieta y susurrante.

Cartagena cuéntanos, entre las muchas historias que te llegan, hoy eligiste esta y nos muestras las muchas facetas, pues cada calle lejana o un rincón de la playa ofrece algo para contar, y aquí vamos.

Desde mi ventana, mi vista viaja hacia donde el corazón tiene su meta, dibujo en el aire tu rostro y tu silueta, digo tu nombre suavemente, me imagino que me miras tiernamente y mis ojos te gritan “Sí, ¿por qué no? Si ¡te quiero...!” Solo son testigos de mi mirada, las calles empinadas y añosas por las que tantas veces anduve junto a él.

Es una tarde en que el amor brota en todos los rincones de este hermoso lugar, lleno de historia, lleno de color, lleno de emociones, lleno de recuerdos. Desde el mar, el cielo, los árboles donde se oyen las gaviotas, llamada de amor de las aves, de la soledad del alma y de la música, imaginándote cerca, te miro y te digo “¿bailamos?”. Y mejilla con mejilla nos dejamos llevar, muy unidos por el ritmo del vals, danzando en la playa y en las callejuelas de Cartagena que tantas veces recorrimos juntos de la mano.

El tiempo ha pasado y solo puedo soñar. Soñar nos da vida, esperanza y un “puede ser”, aunque el despertar sea doloroso. Pero es una tarde quieta, hermosa, de esas en que dan ganas de pasear por la terraza, por la playa, por sus calles llenas de historia y la música me envuelve, me transporta y me acerca a ti, sí a ti mi gran amigo, mi ilusión que vivió y vivirá por siempre aquí entre tus calles, tus casonas, tus hermosas puestas de sol y hermosos amaneceres. En esta tarde de domingo mirando el sol en el horizonte, te recuerdo a ti, mi amigo, lejana ilusión del alma.

Gracias Cartagena, nos contaste una tierna historia para el recuerdo, ya nos contarás otra tan profunda y tierna. Cuéntanos Cartagena...



Añoranzas

Rosa Lara Espinoza

Cartagena, has sido y serás parte de mi vida. De niña recuerdo esos inolvidables paseos con mis padres y hermanos. Era enero de los años 70 y tenía entre 9 y 11 años, primera vez que iría a la playa y había que levantarse a las 5AM para estar a las 7AM en el lugar de encuentro. Mientras esperábamos, desde lejos veíamos llegar a las mujeres con sus canastos de picnic y que sin lugar a dudas envueltos venían huevitos duros, las infaltables papas y pollo cocido, las ensaladas y por supuesto las bebidas y el vinito que no podía faltar.

Entre las risas y griteríos de los niños no faltaba el que se perdía y ver a esa pobre mamá gritando el nombre de su hijo que cuando lo encontraba se llevaba de recuerdo un gran coscorrón, que en esos tiempos no estaba prohibido, y luego de eso el gran abrazo por recuperar al chicuelo travieso. Mientras tanto, lolas y lolos comentaban el color del traje de baño, el cantante de moda o el ir y venir de algún papelito con el nombre de algún chico que te sacaba un gran suspiro.

Luego se abordaba el bus y comenzaban los cánticos, las risas y chistes para acortar el viaje y más de alguno se dormía para llegar descansadito a la playa. Después de 2 o 3 horas de viaje se avisaba que llegábamos, todos aplaudíamos y entre gritos y risas tomábamos bolsos, canastos y niños de la mano para por fin poner los pies en la arena. Estábamos en Cartagena con su arena oscura, su aire fresco y salino y ese sol generoso que sale para todos.

Lo primero era tomar desayuno: el infaltable pan con mortadela, una taza de café, galletitas y que no faltaba la que caía en la arena y que al comerla crujían las muelas. Luego, a ponerse los trajes de baño y a acercarse al agua, muchas veces helada y sus olas golpeando nuestros pies como invitando a acercarse un poco más para luego empujarte con fuerza y dejarte de espaldas y revolcada en la arena. Te paras despeinada y chorreando agua por todas partes y recuerdas que estás paseando, sueltas la carcajada por la broma que acaba de hacerte el mar, hacen las paces y vuelves a disfrutar del oleaje. Mientras tanto, el sol generoso te broncea.

Al medio día, después de levantarte tan temprano y jugar en el mar te llaman a almorzar y con ansias te comes lo que te ofrecen: un rico y exquisito tuto de pollo, huevito duro, ensaladas y por supuesto un gran vaso de bebida. Después de ese opíparo almuerzo, el infaltable consejo de la mamá que hay que reposar por lo menos una hora. Y te quedas tirado en la toalla mirando al cielo y a lo lejos

escuchas “¡Palmeras! ¡Helado, heladito! ¡Pan de huevo, pan de huevo!” Y te quedas dormido por lo menos media hora hasta que los gritos de niños y vendedores te vuelven a la realidad, ¿estás en la playa y duermes? Corres nuevamente a enfrentarte con las olas y eres uno más de los que grita y arranca para que el agua no los alcance.

Se acerca la tarde, comienza a refrescar y hay que vestirse, arreglar los bolsos, sacudir las toallas de la arena, ponerse la ropa y cuesta porque nos quemamos más de lo previsto. El agua y el aire marino también se hizo cómplice de nuestro bronceado.

Queda el infaltable paseo a la terraza, el rompeolas hace de las suyas mojando a cada curioso que se asoma por la baranda para ver romper las olas en las rocas. Compramos algún recuerdo para mostrar a nuestros conocidos que sí estuvimos en Cartagena.

Eran días inolvidables porque no todos teníamos la posibilidad de viajar a la playa, aprovechábamos la instancia de estos paseos grupales para vacacionar y conocer nuestro litoral. La mayoría de vuelta nos íbamos durmiendo y recordando el grandioso día que habíamos vivido y llegábamos a casa pensando que Cartagena era el mejor lugar para pasear y disfrutar un día de playa.

Desde siempre conozco Cartagena, de niña, de adolescente y luego cuando me vine a vivir ya de adulta con mi familia, pero esa es otra historia que espero puedan conocerla más adelante.





Cuando la belleza hace daño

Luis Villalobos

Al ingresar al vestíbulo de aquella casa en calle Los Suspiros esa soleada tarde de primavera, me llamó la atención la vista formidable desde el amplio ventanal de la sala del fondo hacia el mar. Un azul intenso y un cielo diáfano; juntos prodigaban una vista que me cautivó de inmediato. Era mi primer viaje a Cartagena a inicios de los setenta, acompañando a mi padre; paseo que no estuvo exento de percances. En el Paso Sepultura, ante el gran esfuerzo para sortear la fuerte pendiente, la vetusta Citroneta sufrió un amago de incendio en el sistema eléctrico que logramos sofocar con tierra y arena, prosiguiendo el viaje no sin sobresaltos.

Ingresar a aquella casa y luego a la magnífica sala con aquel ventanal hacia el infinito océano fue para mí un verdadero deleite, sumado al cordial recibimiento y atenciones prodigadas por don Emeterio, como se llamaba el afable dueño de casa, un anciano de unos bien llevados setenta y cinco años, o más.

Una vez cerrado el trato de compra de la parcela del sector La Capellanía que pasamos a visitar en ese viaje; un lugar boscoso y solitario en el sector alto de Cartagena, terreno que se extendía hasta el fondo de una hermosa quebrada con tupidos árboles y arbustos nativos, por donde corría un caudal de agua cristalina y donde no habitaba un alma en kilómetros a la redonda; se dieron ambos un fuerte apretón de manos; el comprador que era mi padre, y el vendedor, nuestro bondadoso anfitrión.

—¿Qué hará con el dinero, don Emeterio? —preguntó mi padre, ubicados ya en la terraza desde donde se disfrutaba una magnífica vista a la playa grande, parte de la costanera y la inmensidad del océano.

—Volveré a la Polinesia, a Tahiti—, respondió el anciano, señalando hacia el mar como si aquel lugar se encontrara al alcance de nuestra vista.

Hasta ese momento yo, que no había atendido mayormente a la conversación, me interesé en escuchar, movido por la curiosidad de un niño de quince años, el relato de aquel veterano. —“Tahití y las islas de la Polinesia es el paraíso en la tierra. Yo he estado ahí un par de veces y lo único que deseo antes de morir es regresar y disfrutar de su belleza, la amabilidad de su gente y la generosidad de sus mujeres. Ellas reciben a los viajeros con diminutos trajes, bailes sensuales y prodigando sus encantos y seducción hasta hacerles perder los sentidos”.

En este punto del relato me pareció ver desvariar al fogoso anciano quien preso del delirio fijaba sus ojos en la lejanía del océano alucinando con los collares de flores en su cuello y los movimientos pélvicos de las muchachas isleñas.

—Usted debiera venir conmigo, don Luis —le dijo a mi padre quien hasta ese momento escuchaba boquiabierto el ardoroso relato. Se produjo un largo silencio que me hizo temer la aprobación a tan fascinante invitación, pero finalmente convencidos que el anciano deliraba, nos despedimos deseándole un viaje venturoso y una estadía placentera en los brazos de las sensuales mujeres polinésicas. Ya en el vestíbulo y antes de salir y respirar el fresco aire costero, contemplé en las paredes algo en que no había advertido; dos o tres hermosas copias de cuadros de Gauguin que mostraban hermosas muchachas en idílicos paisajes polinésicos.

Con los años reflexioné sobre aquel anciano tratando de buscar una explicación a sus delirios de viajes que seguramente solo estuvieron en su imaginación. Su casa en Cartagena se ubicaba en un lugar privilegiado y desde sus generosos ventanales y espaciosa terraza disfrutaba a diario de las subyugantes vistas desde donde se dominaba completa la bahía, los atardeceres llenos de colores, las puestas de sol en toda época del año, fascinantes y coloridos arboles y las embarcaciones a lo lejos que invitaban a soñar con viajes a lugares asombrosos y encantadores. Sus caminatas hasta Caleta San Pedro, regresando por Playa Chica, disfrutando a sus anchas del maravilloso y solitario malecón con la hermosa arquitectura de las casas de estilos foráneos que colgaban hacia el mar, recorrer la playa grande hasta el humedal donde permanecía largo rato contemplando variedad de cisnes, gaviotas y aves migratorias; para regresar nuevamente hasta calle los Suspiros. Todo eso junto, en una época en que había pocos habitantes, ausencia absoluta de automóviles, y donde tan solo el tren que rompía el silencio con su silbato anunciando su llegada conformaban un lugar paradisíaco para vivir y extasiar el espíritu.

Sometido a diario a esa sobredosis de belleza pudo haber causado en su mente un trastorno delirante al dichoso veterano. Y no solo a él. Con el mar de Cartagena se han iluminado y alucinado artistas, poetas y escritores.

El mar seduce, comunica lo que siente y habla con quien quiera oírlo. Huidobro lo dice en Monumento al Mar, escrito en sus últimos años en Cartagena. Al mar calmo: *“Paz sobre la constelación cantante de las aguas. Lleno de gracia, cuando estás allí hipnotizado por las estrellas”*. Al mar inquieto: *“Tratando de romper sus cadenas, queriendo imitar la eternidad, queriendo ser pulmón o neblina de pájaro en pena...”*. Y supo descifrar lo que el mar sentía: *“Cuando estás pensativo frente al cielo, cuando estás dolorido en tus almohadas, cuando te siento llorar detrás de mi ventana”*. Para finalmente llevárselo junto a él hasta más allá de su muerte; *“Al fondo de esta tumba se ve el mar”*.



¿Qué gatilló la paranoia de Couve? Quizás el éxtasis del mar desde su ventana, o esa Cartagena que amaba y que definió como un lugar muy distinto a Chile. Frente al mar, y luego de escribir su réquiem *“Cuando pienso en mi falta de cabeza”*, decidió una madrugada dejar este mundo para siempre.

Más allá, Nicanor, inspirado por el mismo mar, alcanzaba la síntesis lírica expresada en sus artefactos poéticos, que según su autor no eran más que explosiones de los antipoemas. Elogiados por muchos como vanguardistas, o criticados y definidos por otros como cachivaches.

Hoy, más de 50 años después de aquel episodio en que don Emeterio emprendería el que sería quizá su último viaje hacia la eternidad de su vida imaginando llegar al paraíso en la tierra; pienso también en mi padre, quien obnubilado por la belleza de las noches de luna llena frente al mar desde lo alto de La Capellanía; o embelesado en sus lecturas herméticas en la terraza junto a las rocas bañadas por la blanca espuma del malecón, y su profundo amor por Cartagena; decidió un buen día, ya en la última etapa de su vida, partir a Europa junto a mi madre.

Había construido una fantasía que quiso hacer realidad. Con el pretexto de visitar a mi hermano, llegó a Berlín y París queriendo establecer una alianza cultural entre esas capitales europeas con esta pequeña perla del Pacífico. El alcalde de París de la época, Jacques Chirac, no podía creer en lo que veía y oía. Un anciano venido del tercer mundo que se había colado a su despacho y que trataba de convencerlo de lo conveniente que sería para la ciudad luz establecer un acuerdo cultural y turístico con nuestra localidad, cuna de artistas y pensadores.

Hoy ya no es posible encontrar aquellos cándidos e imaginativos hijos de esta tierra. La bella terraza y el malecón poblado de comercios, bártulos, baratijas y fritangas ya no permiten inspirarse ni soñar. El bosque nativo y la naturaleza autóctona han dado paso a un desordenado crecimiento hacia los cerros. En el fondo de las quebradas ya no corre el agua cristalina sino abundan los deshechos y lo escombros. La congestión y el automóvil lo han invadido todo. La hermosa Cartagena no ha podido escapar de los males del mundo.

Aquellos locos lindos presas permanentes de algo parecido al síndrome de Stendhal, enfermos con la belleza de estos parajes idílicos, se han extinguido para siempre.





Cuéntame Cartagena

Digna Retamal

Hace ya 4 años que el destino me trajo a vivir a Cartagena. Me ha costado acostumbrarme y más que nada a aclimatarme. En todo este tiempo he recorrido, caminando sus calles y recovecos. No sé mucho de tu historia, solo te contemplo y te admiro, por eso quiero que tú me cuentes. ¿Porque eres tan bella y encantadora?

Estás enclavada en el mar, con tus caras casonas, miradores, castillos, calles adoquinadas, serpenteantes, escaleras empinadas que se pierden en tus cerros. Veo casas que cuelgan de tus cerros casi besando el mar, sujetas por brazos invisibles inagotables, para que sigas siendo encantadora. No me canso de mirar tu mar con aguas y olas que golpean las arenas de tus playas. Contemplo tus lindas puestas de sol y admiro las gaviotas que en interminables vuelos suben y bajan buscando su sustento. Tu cielo azul nublado o con lluvia es una obra de arte, tu vaguada costera es como una puesta en escena de una película. Con razón has inspirado a escritores y poetas, “Bella Cartagena”. Tus humedales que acogen a tantas aves silvestres son verdaderas razones para amarte. Tu estación de trenes donde llegaban los turistas de Santiago y de otros lugares, se conserva como mudo testigo seguramente de tantas historias.

Cuéntame, Cartagena, ¿por qué has sido maltratada y mal catalogada? Si tú has acogido a tantas generaciones desde tus inicios, gente aristocrática, gente sencilla y no has discriminado a nadie a pasar del paso del tiempo.

Bueno, yo podría mencionar un sinnúmero de cosas, inspirarme y escribir una canción para ti, pero por ahora solo rezaré para que se tome conciencia y te cuiden como te mereces, que nos dediquemos a hacerte un lugar más limpio, más acogedor, más amable, que se respete tu patrimonio inmaterial y arquitectónico, y así darte el lugar que te mereces.

Solo espero que algún día me cuentes que has cambiado de verdad, que te dieron un cambio importante.

Por ahora te doy las gracias por ser el lugar que me acogió, donde formé mi pequeño hogar y es una maravilla del universo.

Gracias, gracias, gracias...